

LAS PROVINCIAS

DIARIO DECANO DE LA REGION VALENCIANA

Sabado, 27 de marzo de 1976

ESTRENO DE «7.000 GALLINAS Y UN CAMELLO», DE J. CAMPOS GARCIA, EN EL PRINCESA

Extraña, inconformista y ardua comedia ésta que se estrenó anteanoche en nuestro teatro nacional coincidiendo con el Día Internacional de este arte en glosa apasionada y escueta de Ionesco; la obra, premio Lope de Vega, se ofreció sin descanso, en un solo bloque y acredita a un autor que tiene cosas que decir y pone en pie un ejercicio dialéctico claro, montado sobre un espectáculo escénico de amplia gama de claves y que logra en seguida hacer entender al público por dónde van los tiros de intención y alcance. Otra cosa es la construcción de la comedia, que no llega a deslindar sus lenguajes operativos y que si en el arranque y la rúbrica utiliza un medio expresivo que conecta estrictamente con esa dualidad, ese difícil contrapunto que es el eje de su estímulo luego, en el largo episodio central, se torna un rancio drama rural de la mejor tradición novocentista. Campos García ha querido exponer una tesis, mejor, hacer una llamada al espectador y sacudirlo de sus gallineriles comodidades y conformismos avícolas, pero la estructura teatral se resiente de un desequilibrio formal agravado por una poco ágil dirección de escena; el autor propone una liberación de la que el público debe participar tanto en orden a la vulgaridad de una sociedad de consumo como en orden a unas estructuras que desdeñan lo bello por lo útil, la imaginación por la eficacia y que prefiere la comunidad gregaria de esta granja a la libertad de ese camello solitario y evocado. La parábola dramática de Jesús Campos es larga y va desde el Vivaldi barroco inicial hasta el rock final con

acentos flamencos de Morente como «leit motiv» musical de un estado de cosas que los personajes exponen; insisto en la bondad de la idea, en la facilidad de las claves y en los hallazgos de montaje que evidencian una preocupación por ofrecer un espectáculo de choque, pero otra cosa son los resultados con esa mezcla de géneros y sobre todo con ese impensado clima de tragedia costumbrista popular con ribetes benaventinos sobre la que pesa, además, una carga coloquial excesiva. Los actores no tuvieron problemas con sus personajes y la comedia, anteanoche, salió suelta y sin tropiezos; no se facilitó programa de la misma, pero creo que el grupo Taller de Teatro es el núcleo de estas representaciones en las que Isa Escartín y Carlos Mendy encabezan un corto reparto efectivo y seguro con el entorno musical de unos músicos que imprimen a la obra un carácter especial con sus intervenciones a caballo entre la farsa y el apólogo. Si discutible es el calificar a Vivaldi de reaccionario (!) no lo es el trabajo de montaje que lleva a sus consecuencias rockero-flamencas un tema que arranca de los salones para llegar a esa especie de comunión final, convertido el tema vivaldiano en himno y canción de esperanza dentro de lo que Miguel Ríos hiciera antes con Beethoven; esta reestructuración musical y el montaje de la obra a nivel insinuación o estímulo plástico (la escenografía de modelos clásicos, orquesta dieciochesca, el río, las gale-rías avícolas...) son bazas positivas de una función que falla en la dirección, es capaz de atemperar excesos